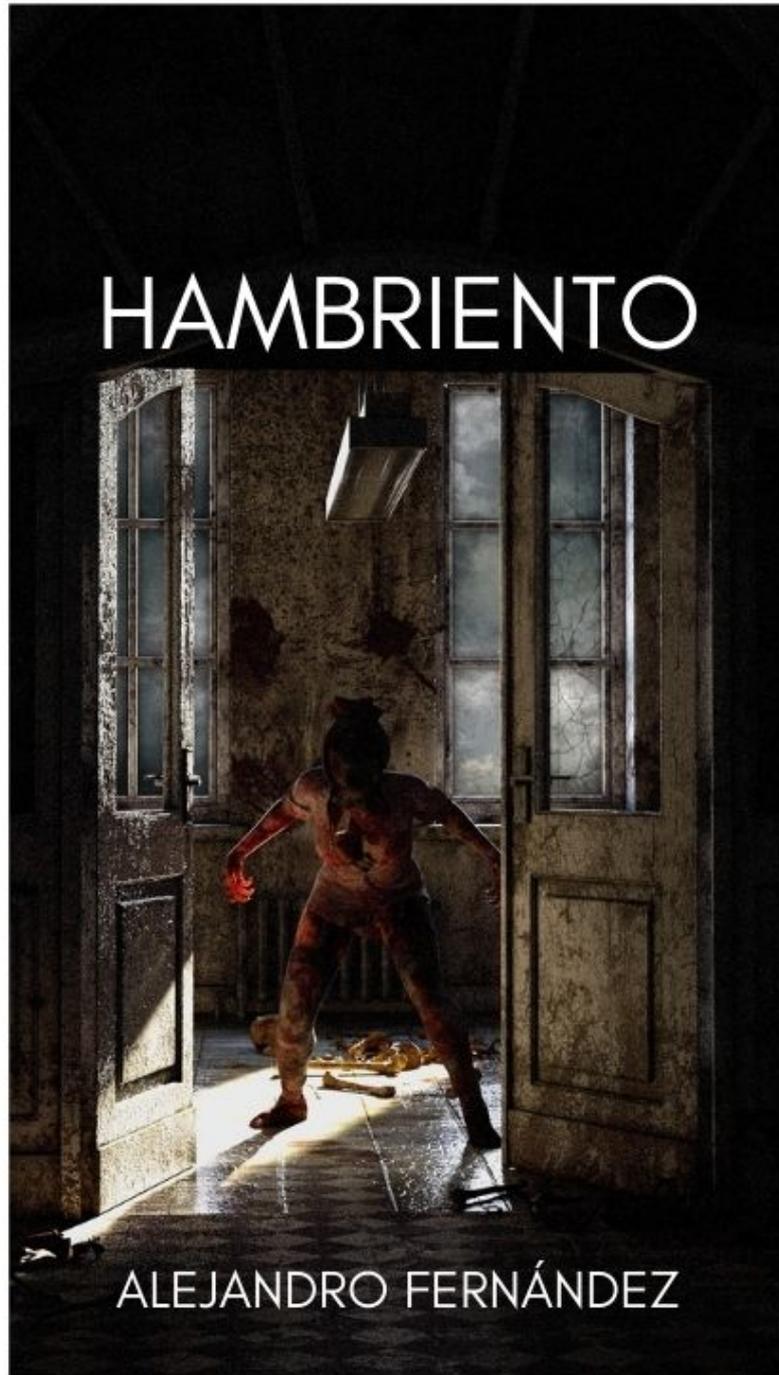


# Hambriento

Alejandro Fernández



## Capítulo 1

—Tengo hambre. Búscame comida.

La voz vino de la habitación. Bobby se extrañó. Sabía que estaba solo. Ni siquiera su hermano, que siempre le jugaba bromas pesadas, estaba en la casa. Se había ido hace dos días a un campamento en una isla acompañado de unos amigos. Tomó su celular con la lentitud de alguien que no quiere molestar a otro en el silencio de la noche. La luz del aparato le permitió ver lo que siempre veía en su habitación. La computadora embutida por la penumbra en una esquina, su armario con los cajones semiabiertos y las medias colgando por la mitad, un póster de «El Hobbit» con el rostro de Bilbo Bolsón sonriendo con las manos cruzadas en la espalda, y otros objetos inidentificables en la oscuridad, pero que él sabía de qué se trataban. Sin embargo, sus contornos indecisos, en aquel momento eran atemorizantes, como si estuvieran en movimiento, buscando parecerse a algo que nunca llegaba a concretarse. Pensó que había escapado de una pesadilla y esa voz había sido lo último que había escuchado, el jalón que lo había despertado a la seguridad de la realidad. Sus ojos se estaban entrecerrando luego de unos minutos que le parecieron pesadas horas. En las fronteras entre la vigilia y el sueño, Bobby volvió a oír la voz.

—Tengo hambre, te dije. Búscame comida o me conformaré contigo.

Ahora no podía dudar, ahora no podía seguir pensando que el sueño o su imaginación tenían algo que ver con esa voz. La voz de un ogro, profunda y cavernosa, como si proviniera de las entrañas de una gruta o de un pozo. Bobby estaba paralizado. Tenía las manos como garras clavadas en las sábanas. Escondió su cabeza como una tortuga dentro del revoltijo de frazadas de su cama. Se sintió más a salvo pero sus nervios eran tan filosos que sus ojos permanecían alertas, abiertos de par en par, como si unos segundos antes no hubiese estado durmiendo.

Pensó en levantarse, en ir corriendo a la habitación de sus padres pero temía que el dueño de la voz lo alcanzase antes de llegar a la puerta. Si gritaba a sus padres, pudiera ser que el monstruo lo asesinara antes de que ellos llegaran. Las opciones se le iban escapando como la posibilidad de volver a dormir. Decidió que se quedaría quieto hasta que la voz volviese a hablarle. No tuvo que esperar mucho.

—¿No entiendes niño? ¿Eres tonto o qué?

Esta vez sonó más enojada, como cuando su padre se ponía impaciente cuando hablaba con sus clientes por teléfono. Algo que ocurría muy a menudo. Casi siempre terminaba la conversación con un insulto y su madre luego le gritaba que ésa era la razón por la que era tan pésimo

vendedor. Luego de esa discusión, ninguno de los dos se volvía a hablar durante todo el día.

—¿Quién eres? —preguntó Bobby, que apenas podía articular las palabras que salían de su garganta como un fino silbido.

—No interesa quien soy. Sólo debes saber que tengo mucha hambre y si no como ahora mismo, te comeré a ti. Se te acaba el tiempo chico.

Una oleada de miedo estrujaba los músculos de Bobby. La impresión que le causaba la voz era de un peligro que era mejor no tentar bajo ninguna circunstancia. Lo mejor que podía hacer era asentir y actuar rápido.

—¿Y qué... es lo q... que quieres comer? —le sorprendía que pudiera hablar. La voz se le quebraba y apenas era audible.

—Un niño o una niña. No me importa cuál, pero tiene que ser un niño.

—¿Tú comes niños?

—Claro que sí, chico. Es mi único alimento.

—Pero... —Bobby recordó, aunque durante el tiempo que estuvo escuchando al monstruo, toda su vida se había borrado de su cabeza— yo...

—Vamos, niño, dilo de una vez, estoy hambriento y eso me pone de muy mal humor.

—Yo no tengo amigos. No podría traerte un niño.

—Ése es tu problema. Tienes todo el día para conseguirme uno, de lo contrario no podré responder de mis actos.

Después no se volvió a escuchar al monstruo. Bobby permaneció quince minutos y decidió hablar.

—¿Todavía estás?

Pero no hubo respuesta. Volvía a estar solo en su dormitorio, como siempre. Podría pensar que era una mañana normal si negaba lo que había pasado desde el momento en que despertó. Pero Bobby, por más miedo que tuviese no podía negar la realidad. Había un monstruo en su habitación y le exigía alimento. Y no cualquier alimento, por cierto. Tal vez si se alimentara con comida para perro o golosinas, pensaba, la cosa no hubiera sido tan espantosa. Pero niños. Eso era muy difícil. ¿Cómo llevaría un niño a su habitación si no tenía amigos? En la escuela era un gordito solitario que era blanco perfecto para las bromas de los abusones, y los

otros niños de su edad ni se fijaban en él. Nunca lo invitaban a ninguno de sus juegos. Y había algo detrás de todas esas dificultades que lo desesperaba. ¿El monstruo se comería al niño en su habitación o en otro lugar? ¿Lo haría mirar a él mientras se alimentaba? No entendía por qué se le ocurrían estas ideas, pero parecían importantes ahora, incluso más importantes que la cuestión de conseguir un niño.

Cuando ya estuvo seguro de que el monstruo se había retirado, quién sabía adónde, Bobby salió de la cama y dejó su habitación. Debía ponerse a trabajar de inmediato. De antemano había descartado contarles a sus padres lo ocurrido. Podría empeorar su relación con el monstruo, enojándolo hasta el punto de incluir en su dieta a toda su familia. Había visto muchas películas de horror como para darse cuenta de que acusar a un monstruo con la policía o alguien más, no conducía a nada bueno. La bestia se zampaba al botón antes de que éste recibiera ayuda.

No, había que actuar con valentía, aunque fuese un poco. Debía conseguir un niño y llevarlo a su casa. Sería la tarea más difícil que alguien le había encomendado pero no le quedaba otra salida. Era otro o él. Y él quería seguir viviendo en vez de acabar como bocadillo de monstruo.

Su madre estaba preparando el desayuno, como todas las mañanas antes de que él fuera al colegio. Leche con chocolate o café con leche, tostadas con manteca o masas dulces. Ella nunca permitía que su hijo empezara su jornada sin una buena dosis de energía. Su madre siempre le decía que el desayuno era la comida más importante del día, pero él no lo entendía. Si era la más importante, porque el almuerzo era más grande que el desayuno. ¿No debía ser al revés?

Bobby no tenía mucho apetito esa mañana. Pero actuaría normal y comería algo. Para que nadie sospechara. El monstruo podría estar observándolo en ese instante, esperando a que cometiese una falta para atacar.

—Hola Bob, ¿tienes hambre?

—Un poco mamá. ¿Dónde está papá?

Su padre casi siempre estaba a la hora del desayuno. Era uno de los pocos momentos al día en que podía verlo y cruzar algunas palabras con él.

—Se ha ido temprano, Bobby. Está con mucho trabajo. ¿Quieres tus tostadas con manteca, mermelada o con las dos?

Bobby sospechaba que no eran ciertas las palabras de su madre. Antes de dormir, su padre siempre se quedaba viendo televisión en el *living* hasta muy tarde y Bobby podía oír apenas las conversaciones de las películas

que miraba. Era una de las cosas que lo ayudaban a dormir. Se había acostumbrado tanto al susurro de los actores que era como una canción de cuna necesaria para que Bobby se sumergiera en el sueño. La noche anterior no hubo películas, ni siquiera oyó la puerta principal de la casa rechinar al entrar su padre. Papá no había venido, pero Bobby no quiso contradecir a su madre. Había pasado otras veces, y era mejor asentir y cambiar de tema, como ella muy bien sabía hacerlo.

—Sólo manteca.

—Aquí tienes, cariño.

Su madre dejó la taza con café y leche humeante delante de él y un plato con tres tostadas con manteca. También una servilleta porque sabía que a su hijo le encantaba mojar las tostadas en la leche y algunas gotas de éstas terminaban en el piso, en la ropa o en el mantel de la mesa.

—¿Má?

—¿Qué pasa?

—¿Puedo traer un amigo a dormir esta noche?

Su madre lo miraba de perfil vuelta hacia el lavabo de la cocina. Tenía una sonrisa congelada en el rostro y sus ojos brillaban. Luego se dio la vuelta mientras se secaba las manos con una rejilla.

—Vaya, hijo, me tomas de sorpresa. ¿Quién es ese amigo?

—Un chico que no conoces, de la escuela.

—¿Y cómo se llama?

*Maldita sea, pensó Bobby. ¿Para qué quiere saber el nombre? No se me viene nadie a la cabeza. Paso rápidamente lista a sus compañeros de clase, buscando el que más chances tendría de convertirse instantáneamente en su amigo. Tommy... Tommy Fisher. El cerebritito que sólo en el salón de clase charlaba con él de algún episodio de *Doctor Who* o de algún videojuego que a ambos les gustaba.*

—Tommy, mamá. Se llama Tommy.

—Thomas, ¿eh? Qué bueno Bobby. Nunca me cuentas nada de tus amigos.

—Vamos mamá, ¿puede venir o no?

La madre de Bobby dejó la rejilla sobre la mesada y se sentó en la mesa. Que su hijo declarase que tuviera amigos era más importante que imaginarse todos los escenarios posibles en los que su marido podría estar en ese momento.

—¿Y cómo es, Bobby?

—¿Quién?

—Tu amigo, Thomas.

—Es sólo un amigo ma, ¿qué más da?

—Vamos, hijo, cuéntame más antes de ir al colegio.

Bobby estaba enfadado pero no debía demostrárselo a su madre. Ella también podía enfadarse y allí terminaría todo el intento de salvar su vida. Tenía que ceder un poco e inventarse lo primero que se le viniera en mente.

—Es bueno, mamá. Estudioso, inteligente. Buena onda.

Antes de ver la expresión del rostro de su madre, Bobby sabía que había dicho las palabras mágicas. Su madre era directora de una escuela del turno tarde, y por sobre todo le importaba que los niños fuesen educados con los mayores, respetuosos y obedientes. Aunque en su casa no era tan estricta con su propio hijo, dejando que a veces Bobby la mandara al carajo sin recibir nada más que una mínima reprimenda. Con los hijos del vecino, la educación era harina de otro costal, llegando a veces a reunir a los padres durante largas horas para instarlos a que ayuden a sus hijos a modificar sus conductas. De más está decir que esas reuniones casi nunca terminaban bien y servían para sumar puntos a la imagen de vieja metiche de su madre. Elemento adicional que también usaban los abusones para burlarse de Bobby.

—Qué bueno hijo, me alegra —la madre miró la hora en el reloj de pared— pero vamos, que se te hace tarde.

—Mamá, aún no me has dicho si puedo traer a Tommy.

—Si su madre no tiene inconvenientes, que venga. Pero me gustaría que me llame para confirmar la autorización, Bobby. Ya sabes, para no tener problemas después con sus padres.

Sí, sí. El plan había empezado bien. Si la madre de Tommy le daba o no autorización, que importaba. Luego pensaría en algo.

—Gracias, mami —dijo Bobby y fue a su habitación a preparar sus útiles escolares.

Al llegar a la escuela, Bobby se sentía como alguien que ha ido no como alumno, sino como un investigador o un espía con una misión especial. Buscó a Tommy por todos lados pero el muchacho todavía no llegaba. Se temía que hubiese faltado por algún motivo. Tommy era uno de esos chicos que se enfermaba con facilidad durante el año y su número de faltas era elevado. Pero como todas sus faltas estaban justificadas y era el mejor alumno de la clase, entonces la escuela tenía un trato especial con él. Si Tommy no venía, entonces él tenía que buscarse otro compañero, pero eso iba a ser difícil, sino imposible. A nadie le caía bien.

Ya todos estaban entrando a sus salones de clase, y Thomas aún no aparecía. La esperanza de Bobby disminuía y el eco de la voz del monstruo resonaba en su cabeza, comprimiéndole las tripas. Cuando todos estaban sentados esperando que la maestra entrara, un niño flaco, con el cabello peinado hacia atrás, brazos largos y algo encorvado, entró jadeando al aula. Thomas había llegado.

Para Bobby fue como una bocanada de aire fresco en medio de un sofocante día de verano. Pudo calmar sus nervios pero enseguida se dio cuenta que la parte más difícil de su plan estaba por empezar: convencer al chico más inteligente de la escuela y poco sociable de ir a su casa esa noche, inventando cualquier excusa para encubrir la horrible verdad.

Esperó hasta el recreo. Vio que Thomas iba camino a la biblioteca como hacía desde siempre durante el primer recreo. Por suerte, allí no lo iban a molestar. Podía hablar con Thomas sin el riesgo de que algunos de los abusones los molestaran o que algún otro niño se acercara a Tommy para pedirle que lo ayudara con algún examen de ese día.

Se alegró al entrar en la biblioteca, eludiendo a Frederik Ambelton y Carl Ponts que andaban a la busca de algún animalillo indefenso para sostener sus estatus de chicos malos. Adentro, el mundo parecía diferente. Bajo la estricta vigilancia de la señorita Hertz, la biblioteca era el lugar más silencioso del mundo para Bobby. Sólo se oía los cambios de página, alguna tos esporádica y los leves susurros de los lectores, que era el tono permitido para todos.

Bobby se sentó en la mesa al lado de Tommy, cruzó las manos sobre la superficie de la misma, en una postura que había visto en varios periodistas de la tele y esperó a que el otro dijera algo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Tommy dejando su libro de Clive Barker sobre la mesa, con un separador de *Star Wars* entre sus páginas.

—Tom, ¿podría hacerte una pregunta?

—¿Por qué no la haces de una vez?

Tommy parecía algo más antipático que de costumbre. Le molestaba que alguien interrumpiera su lectura. Lo había visto otras veces cuando los más tontos de la escuela le pedían que le dieran las respuestas a las preguntas de algún examen y él se negaba, echando al entrometido o cambiándose de lugar en la biblioteca, mascullado palabras ininteligibles.

Bobby tenía que salir con algo ingenioso, de lo contrario, todo el plan se derrumbaría. Sabía que uno de los intereses de Tom eran los videojuegos, y él tenía en su casa una Xbox One con los últimos títulos del mercado, cortesía de su tía que era dueña de una cadena de supermercados y nunca escatimaba en gastos para su único sobrino.

—¿Te gusta la Xbox 360?

Tom se le quedó mirando y luego abrió su libro en la página que estaba leyendo. Sus ojos pasaban muy rápidos por las líneas y Bobby creyó que para el chico, él ya había dejado de existir. Estaba comenzando a buscar mentalmente otro pobre diablo que sirviera como plato para el monstruo cuando Tommy alzó la vista y sorprendió a Bobby con las mejillas sobre las manos, soñando despierto.

—Prefiero la PS3. Creo que aprovecha más el motor gráfico.

Bobby se incorporó como si de repente el mundo recobrara todo su sentido, perdido hace unos segundos.

—Pero la Xbox tiene el Kinect que funciona mucho mejor que la de PS4, además hace más divertido los juegos.

—¿A quién le importa el Kinect? Una buena historia es lo mejor en un juego.

—En la Xbox los juegos también tienen una buena historia, si casi son los mismos que en la de PS3.

Tommy hizo una mueca con los labios hacia el costado y entrecerró los ojos. Era su manera de decir que el otro no tenía idea de qué estaba hablando o de que se había quedado sin argumentos, por lo tanto era mejor mostrar desprecio.

—¿Qué quieres Cannon? —preguntó Tom, mientras regresaba a su lectura.

—Una competencia —casi estuvo a punto de retractarse, había dicho eso para enfadar a Tommy por su mal carácter pero enseguida el semblante de Tom se encendió, dejando ver unos ojos que buscaban una buena oportunidad para asestar un gran golpe.

—¿Con algún juego?

—Mortal Kombat diez.

Tommy cerró su libro y lo apartó hacia un lado para apoyar los codos en la mesa. A Bobby no le importaba lo que él mismo dijese a continuación, Tommy ya había caído. Lo estaba haciendo bien. Mentalmente le mandó un mensaje al monstruo: «Ya conseguí tu cena». No hubo respuesta, sólo el recuerdo de esa voz ominosa que provenía de las profundidades de un pozo y devoraba la calma y la voluntad.

Salieron de la biblioteca hablando de la historia de los personajes de Mortal Kombat, pero ambos se detuvieron porque delante de ellos, le cerraron el paso Frederik y Carl, los niños más problemáticos de la escuela.

—Parece que las maricas estaban juntas en la biblioteca —dijo Frederik con los brazos cruzados. Era un niño alto y de espalda ancha. Siempre hacía alarde de sus brazos aunque de ellos no sobresaliera ningún músculo. Era tan tonto que confundía músculo con grasa corporal.

Carl, de unos centímetros más bajo y con la cara llena de pozos, parecía de más edad. A Bobby le recordaba a un tío que ya había muerto. Tenía el rostro surcado de arrugas y ojeras del color de la carne chamuscada. Además siempre tenía una expresión de enfermo en su cara, como si todo el tiempo le doliera el estómago. Su madre le había dicho que sus riñones habían dejado de funcionar. Carl parecía un niño viejo, y de pocas palabras. Sólo se reía y asentía a todo lo que Frederik decía. Tom le había dicho una vez que Carl era el bufón personal de Frederik, porque una vez, a escondidas, había escuchado a Carl contarle chistes de sexo a Frederik y éste se desternillaba de risa. Fue una de las pocas veces que lo había oído hablar. Después le dijo que en un libro de reyes antiguos decía que las cortes tenían su bufón para entretenerlos. Era como un televisor en esa época.

Carl le arrebató el libro a Tommy. Éste le dedicó una mirada furibunda pero no hizo nada más. Maldita sea, eso le faltaba. Si Tom se enojaba demasiado, tal vez perdiera todo interés en ir a su casa, y Carl no le devolvería el libro. No cabía duda de eso.

—¿Qué pasa, marica? ¿Quieres tu libro?

Carl lo estaba ojeando mientras su secuaz se adelantaba hasta quedar a escasos centímetros de Bobby y Tom.

—¿Me devuelves el libro? Es de la biblioteca.

Tom tenía esa voz de adulto que usaba con el director y la maestra. Bob sabía que el muchacho no cabía en sí de rabia, pero sabía disimularlo. Aunque los tipos abusones como Frederik sabían oler esos sentimientos en chicos como ellos, pensaba Bobby.

—Hagamos negocio. Tu libro de mierda por cinco dólares.

—No tengo cinco dólares —contestó Tom.

—¡Qué lástima! Entonces te lo guardaremos hasta que los tengas.

—Disc... ulpen muchachos —intervino Bobby.

Carl levantó la mirada de las hojas para mirarlo. Frederik movió los ojos en su dirección.

—Ese libro es de la biblioteca. Si la señorita Hertz se enterara, podrían tener... problemas.

Nadie dijo nada. Bobby no sabía a quién mirar y pasó la mirada por todos sin detenerse en ninguno. Hasta que Frederik apartó a un lado a Tom de un empujón y se ubicó en su lugar.

—¿Y cómo mierda se va a enterar la vieja ésa? —la pregunta misma, que caía desde la altura del rostro amenazante de Frederik traía consigo una connotación que Bobby se esforzaba por ocultar.

—No lo sé —dijo Bobby y supo que había sido un error. Luego de eso se quedó mudo, contemplando cómo el ancho pecho de Frederik se hinchaba y se desinflaba.

—Tú vas a ser el botón —dijo Carl con la mayor naturalidad mientras se rascaba un brazo.

Frederik miró a su amigo y otra vez a Bobby, pero esta vez tenía una resolución en sus ojos que para Bobby significaba una sentencia irrevocable.

El puño lo golpeó en la frente. Una nube de estrellas le nubló la vista, antes de que el dolor lo invadiera.

Cayó sentado y por un momento el mundo se tambaleó. Cuando el entorno volvió a ocupar su lugar, Bobby vio a Tom dando un paso hacia

atrás a punto de salir corriendo. Sobre él, a cientos de metros de altura, Frederik lo miraba con los brazos en jarra, satisfecho por lo que había hecho. Apoyó sus manos en el suelo y se puso de pie. Con la cabeza gacha parecía que algo duro le hacía presión en el lugar donde lo habían golpeado. Miró al enorme niño que tenía frente a él sin ninguna provocación, sólo como alguien que se tropieza en un diálogo y se reincorpora para seguir hablando.

—¿Te han quedado ganas de delatar, gordo? —preguntó Carl, cruzado de brazos desde atrás de Frederik.

—No, ya no —respondió en el acto Bobby, dirigiéndose a Frederik.

—Si quieres, puedes comprarle el libro a tu novio. Cinco dólares.

Si tuviera cinco dólares, Bobby le compraría el maldito libro. Pero sólo contaba con dos dólares que le había dado su madre. Era el dinero para su merienda. Sin embargo, haría el intento. Era mejor pasar hambre por unas horas que ser comido por un monstruo que vivía en su casa.

Buscó dentro de sus bolsillos y sacó el billete enrollado que tal vez sirviera para renovar en Tom su interés en Mortal Kombat. Cuando Frederik lo vio, sus ojos se iluminaron. Igual que un perro que viera un trozo de carne en la mano de alguien y corriese directo a él como si nada más existiera en el mundo. Frederik sacó el billete de las manos de Bobby antes de que él lo desenrollara para mostrar al bruto de cuánto se trataba.

—Son sólo dos dólares —dijo Frederik y miró a Carl.

Éste se acercó, miró el billete y sonrió.

—Es parte del pago, te faltan tres dólares. Cuando los tengas, ven a vernos.

Y los dos dieron media vuelta y se alejaron riéndose con descaro. Tom no se había movido de su sitio y cuando los dos abusones pasaron a su lado, se cubrió el rostro. Lo que había quedado de él era un pobre perro apaleado.

—Podría haber sido peor, ¿no lo crees? —preguntó Bobby.

—Que hijos de puta. Estaba leyendo ese libro. Y la biblioteca no tiene otro ejemplar.

—Vamos, es sólo un libro. Dile a tus padres que te lo compren.

—Al carajo con esto. Voy a hablar con el director —dijo y comenzó a

alejarse por el corredor de la escuela.

Bobby no podía dejar que hiciera eso. Se apresuró hacia él y le cortó el paso.

—¿Qué carajos haces, Bobby?

—Escucha, Tom, no puedes contarle al director.

—¿Por qué no? ¿Qué quieres que haga, entonces?

—No sé, pero déjame pensar en algo. Te juro que voy a conseguirte ese libro. De algún modo.

—¿Estás loco? ¿Quieres recibir de nuevo un puñetazo?

—No importa lo que me pase. Déjame a mí. Yo lo haré.

—¿Para qué haces esto?

—¿Qué cosa?

—¿Para qué quieres arriesgarte a conseguir el libro? ¿Qué ganas tú?

Por un momento pensó en soltar todo, como un enajenado que no tiene nada que perder. Revelarle a Tom lo del monstruo no serviría más que para descartarlo como cena para esa bestia. Pero se sacaría un enorme peso de encima. Por suerte, su voluntad de seguir con el plan se abrió paso a duras penas.

—Quiero hacerle frente a ese problema, Tom. No quiero seguir más ocultándome tras las faldas de las maestras. Es algo que he pensado hace tiempo.

—Estás loco, gordo. El golpe te habrá aflojado algún tornillo.

—Puede ser. Pero déjame a mí, por favor. No tienes nada que perder. Si no consigo tu libro antes de que termine la jornada, entonces tienes vía libre para hablar con el director. ¿Qué dices?

Tom lo pensó un momento. Su rabia se iba aplacando a medida que evaluaba la propuesta de Bobby. Cuando Tommy se ponía a reflexionar, significaba que su ánimo se recuperaba. A Bobby le parecía que le gustaba entrar en aquel estado de hombre pensante. Por eso debía ser tan buen alumno.

—Está bien, gordo. Si tú lo dices. No tengo nada que perder.

—Eso sí, Tom.

—¿Qué?

—Si recupero tu libro, debes aceptar mi invitación de ir a mi casa a la salida.

—Trato hecho, gordo. Es hora de entrar.

En el salón de clases Bobby era una máquina de sacar ideas que morían al instante. La voz de la maestra recorría toda la clase pero no encontraba cabida dentro de su mente. Se imaginaba todas las maneras posibles de obtener el libro sin tener que recibir una golpiza, ni pagar un centavo. Pero detrás de todo plan, estaba el miedo absorbiendo toda la atención. Un miedo pesado y peludo que se manifestaba en la voz del monstruo y en un Frederik gigante con brazos de tronco y mirada de piedra. Pensar con miedo hacía que ninguna idea que uno tuviese valiera la pena, por más original que fuese. Bobby estaba comprendiendo eso, pero también comprendía que no contaba con muchas opciones.

Cuando Arnold Tisdale le pidió que le prestara una lapicera, a Bobby se le prendió una lamparita. Arnold era un chico callado, de pocas luces pero era la estrella de football en la escuela. Antes de cada campeonato, el entrenador se cuidaba de que Arnold estuviera en perfecta condiciones, sugiriéndole que se abrigara si hacía frío o que se hidratara si transpiraba en los días en que el sol derretía el asfalto. Ni la madre del propio Arnold lo cuidaba tanto cuando se enfermaba. Hubo un día en que Arnold estaba más adormecido que de costumbre en una clase de historia. Cuando la maestra le llamó la atención para que se concentrara en lo que ella decía, Arnold dijo que se sentía un poco acalorado desde que se había levantado esa mañana. Con cuarenta grados de fiebre lo llevaron directo al hospital. Arnold venía encubando un cuadro viral desde hacía unos días. Sus padres se sorprendieron tanto como el mismo Arnold con la noticia. Esa temporada el equipo se las tuvo que arreglar sin su estrella y el entrenador estuvo a punto de reventar de los nervios. Arnold no era malo. Sólo un tipo grande y robusto que sabía jugar al football. Ni siquiera sabíamos si le gustaba, jamás hablaba de eso. El entrenador presumía que sí y no indagaba más en el asunto.

—Claro, Arnold. —Bobby le prestó la mejor de sus lapiceras. Cada acto valía si uno quería ganarse la confianza de otro.

—Gracias —dijo Arnold y empezó a copiar del pizarrón lo que la maestra escribía. Escribía dos palabras y volvía a levantar la vista porque se olvidaba el resto. Arnold podía ser tonto, pero no tenía ningún abusón que lo molestara. Estaba encima de la cadena alimenticia, como Frederik, pero

a diferencia de éste, Arnold era vegetariano.

Bobby aguardó a que tocara el timbre del recreo y esperó a que todos salieran de clase. La última fue su maestra, ya que de acuerdo al reglamento, no debía dejar a ningún niño dentro del salón durante el recreo. Sin embargo, hasta los maestros se hartaban de los reglamentos con más frecuencia de lo que uno creía. La señorita Burch no prestó atención al último niño que quedaba en el aula. Bobby se puso manos a la obra. Tomó la mochila de Arnold y buscó en su interior. En la próxima hora vendría la clase de matemáticas, y todos debían sacar sus calculadoras. Arnold no tenía buenas notas, pero era un niño cumplidor que lo compensaba trayendo todo el material que su maestra le pedía. Bobby encontró lo que buscaba. La calculadora científica que era la envidia de todo el curso. El resto tenía calculadoras comunes que eran más que suficientes para las actividades que realizaban en matemáticas, pero la de Arnold, con sus decenas de botones extraños, era la más pedida por los alumnos para resolver algún ejercicio. Sólo una excusa para presionar todos esos botones que parecían guardar un asombroso secreto. Bobby sustrajo la calculadora y sin pensarlo fue hasta el pupitre de Frederik. Debajo de su banco colocó el objeto y sobre él puso un cuaderno pequeño que halló en la mochila del abusón. Era la primera vez que hacía algo así, incriminar a alguien. Pero su vida pendía de un hilo y él no iba a dejar que ese hilo se cortara. Salió al patio y vio como Frederik y Carl le mostraban el libro que se pasaban por el culo y luego arrojaban al suelo haciéndole señales para que lo tomara, si se animaba. Bobby pasó el recreo solo, ni siquiera se acercó a Tom que de vez en cuando lo miraba de reojo mientras jugaba con su celular. Bobby se paseó por todo el patio, pensando, previendo y evocando la voz del monstruo «No interesa quien soy. Sólo debes saber que tengo mucha hambre y si no como ahora mismo, te comeré a ti. Se te acaba el tiempo, chico».

Bobby había sido el último en salir y ahora era el último en entrar al salón. Se veía como alguien que atravesara un campo minado donde un solo paso en falso lo mandaría a «golpear la puerta de San Pedro», como decía su abuela. Algunos chicos ya habían sacado las calculadoras. Bobby veía que en los pupitres donde había niñas, las calculadoras tenían el estuche rosado o con calcos de algún grupo juvenil del momento y la de los chicos tenían garabatos o nombres hechos con corrector blanco. La calculadora de él no tenía nada más que un sticker en el frente del estuche, en el que había escrito su nombre y apellido y el año de cursado.

Antes de sentarse, vio a Arnold revolviendo en su mochila, cada vez más disgustado a medida que no encontraba su supercalculadora. Hasta puso su mochila boca abajo y tiró todo su contenido al suelo al perder la paciencia.

—¿Qué ocurre Arnold? —preguntó la maestra. Había dejado de reprender a una niña que no se quería sentar cuando vio a Arnold, al fondo del salón, tirar todos sus útiles al piso.

Arnold dirigió su atención a la señorita Burch. Tenía el ceño estaba fruncido, y su mandíbula muy apretada. Respiraba como si el aire fuera de plomo y con una mano se fregaba la nariz, como si tuviera mocos, aunque en realidad no los tenía.

—No encuentro mi calculadora —fue su parca respuesta. Bobby supo que el mensaje detrás de esas sencillas palabras era otro. Que esas palabras sólo fueron destinadas a la maestra. El verdadero mensaje era: «Algún hijo de puta me robó la calculadora».

—¿Seguro que la trajiste? —preguntó la maestra que se acercaba hacia él.

—Sí, señorita, segurísimo.

—Mmmm —vaciló la maestra que ya estaba acostumbrada a los lapsos en que Arnold perdía la memoria—, está bien. Ya aparecerá. Mientras tanto, ¿por qué no trabajas con un compañero?

—¡Al carajo el compañero! —gritó Arnold y su voz se había convertido en la del padre de Bobby cuando mandaba a su madre a freír espárragos.

Hasta la señorita se sobresaltó y por un momento, Bobby vio dibujado en su rostro el temor de alguien que ha despertado un perro salvaje de su siesta.

—¡Arnold Tisdale! —estalló Burch—, ésa no es forma de hablarle a tu maestra. Ahora mismo vas a la oficina del director y le cuentas lo que has hecho.

—¡Yo no hice nada! —vociferó Arnold—. Alguien se robó mi calculadora —dirigiéndose a la clase—. Alguno de ustedes, pedazos de mierda, tiene mi calculadora.

La maestra había fruncido los labios como una anciana que hiciera mejor en tragarse una maldición que revelarse como alguien ordinario. Su cuerpo estaba tieso y muy erguido. Avanzó un paso y tomó a Arnold de un brazo. Dándose la vuelta comenzó a caminar arrastrando a Arnold que, por su cara, tiznada de asombro y furia, no podía entender qué estaba ocurriendo. Miraba el brazo que la señorita tenía apretado como si lo que hubiese fuese una serpiente, clavándole los colmillos.

Bobby estaba transpirando. La cosa se le iba de las manos otra vez. No se suponía que Arnold desafiara a la maestra. No se suponía que ésta lo

llevara con el director. Lo siguiente iba a ser que los padres del chico vinieran para llevárselo con una advertencia y una suspensión. De repente, Arnold se plantó y el peso de su cuerpo hizo que la maestra se detuviera y retrocediera como un perro al que se le ha terminado la extensión de la correa, debiendo detener su carrera con brusquedad, ahogado y sediento.

La maestra dio un tirón al niño, pero éste sacudió su brazo y lo liberó de las manos opresoras. Acto seguido empezó a buscar debajo de los pupitres de los alumnos, que se habían puesto pálidos del miedo. Sabían que la calculadora podría estar en cualquiera de sus pupitres o en sus mochilas. El ladrón era anónimo pero si Arnold encontraba el objeto robado dentro de las pertenencias de uno de ellos, éste se convertiría en el chivo expiatorio. La maestra le gritaba que se detuviera y que saliera del salón, pero para Arnold ella había dejado de existir. A Bobby le parecía que los hombros del chico se habían ensanchado, que sus brazos habían adquirido la fuerza de diez hombres y que su rostro no era más que una máscara de Halloween, pintada de rojo y atravesada por gruesas y palpitantes venas. Cansada de insistir, la maestra le dijo a la clase que iría en busca del director y se marchó, con los ojos como plato y la boca echa un pequeño círculo arrugado, como si tuviese una bandita elástica anudando sus labios.

Arnold seguía empujando compañeros y revisando sus cosas. Chicos y chicas se paraban y se juntaban en un rincón del salón, rogando para que ninguno de ellos fuese el ladrón anónimo. Bobby se decidió a actuar antes de que volviera la maestra con el director y arruinaran todo. En vez de reunirse con sus compañeros, Bobby se quedó sentado contemplando cómo Arnold daba vueltas en el salón de clase. Había llegado a su banco y antes de que el bruto enceguecido por la furia lo embistiera para revisar sus cosas, Bobby habló apresuradamente, como alguien que lanza una respuesta atropellada en el último segundo de un torneo de preguntas.

—Fue Frederik, Arnold. Yo lo vi. Lo hizo cuando todos salimos al recreo.

Frederik era la viva imagen de la incredulidad. Bobby le lanzó una rápida mirada para saber si iba a lanzarse contra él, en cambio, el ladrón anónimo miraba a Arnold que trataba de ordenar sus pensamientos antes de decidirse a actuar. Todo ocurrió en una fracción de segundo.

—Es un maldito mentir... —pero el empujón de Arnold que se abalanzó como un toro, hizo volar a Frederick unos cinco pasos entre sillas, escritorios y otros compañeros. Carl, su secuaz buscaba un hueco para no ser visto. No quería tener nada que ver con aquello. Instinto de rata. Arnold no tuvo que tirar todos los útiles de Frederik al piso. Enseguida vio la calculadora debajo del banco cuando se agachó a recoger la mochila. Frederik se estaba levantando y sacudiendo el polvo de su ropa mientras los demás murmuraban. Era el sonido de que lo realmente bueno todavía

no había llegado. En el rostro de Frederik peleaban el coraje y el temor una dura lucha para saber quién prevalecería.

Finalmente se contuvo y dio un paso al frente para demostrar a todos que no había sido amedrentado por el estúpido de Arnold.

—¿No escuchaste lo que te dije, idiota? Yo no robé tu calculadora de mierda.

Arnold no dijo nada. Examinaba su aparato en busca de algún rasguño o mancha que tuviera que sumar al cobro del agravio. Luego llevó su calculadora al banco y volvió al mismo sitio. Esta vez para encarar a Frederik. Miró a Bobby, luego al abusón, luego de nuevo al primero.

—El gordo es un maldito mentiroso. Seguro él me tendió una trampa.  
—Frederik buscaba con la mirada dónde se había metido Carl. No pudo encontrarlo. Su compañero sabía cómo ocultarse.

—¿Qué dices, Bobby? —preguntó Arnold con tono serio, grave, desprovisto de inflexiones.

Bobby miró a Frederik quien le devolvió una mirada cargada de odio, pero también de impotencia, al saberse impedido para actuar mientras Arnold pensaba qué hacer. El tiempo pasaba. Para Bobby esos pocos segundos desde que se había ido la maestra eran como horas, muy lentas. No importaba lo que ocurriera. La bomba ya había explotado. Ahora había que salvar lo que se pudiera.

—Sí, Arnold. Frederik lo hizo con ayuda de Carl. Durante el recreo. Incluso los oí decir que sacarían una buena pasta, vendiéndola.

—¡Ahora sí, hijo de puta! —Frederick apartó los bancos a patadas, mientras iba echando espuma por la boca en dirección a Bobby. Sin embargo, Arnold le cerró el paso y lo agarró del cuello. Los ojos de Frederik se salían de sus cuencas. Miraba aturdido a su alrededor como alguien que se levantara de una larga siesta sin saber qué hora del día era. Cuando reaccionó, intentó quitarse la mano de Arnold de su cuello, pero ni con la fuerza de sus dos brazos pudo contra la enorme y encallecida mano de la estrella del football.

En esos momentos todos esperaban a que los golpes comenzaran. Se podía ver cómo hasta los más curiosos se habían ubicado frente a todos para tener una mejor vista de lo que iba a ocurrir. Algunos se habían parado contra la puerta para espiar el regreso de la maestra con el director y avisar o impedir el paso. La clase entera se había vuelto un coliseo y de los ojos de los espectadores se desprendía un brillo que sólo podía ser interpretado como un anhelo de sangre y dolor. Todos eran el populacho romano que esperaban ver sanar sus miserias con el

descuartizamiento de los guerreros en la arena. Pero el espectáculo fue corto, y aun así, provechoso para la clase. Arnold le dio un cabezazo a Frederik justo en el momento en que el director hacía presión contra la puerta trabada por alumnos. De la nariz de Frederik reventó un río de sangre que desesperadamente él intentaba tapar. Para cuando Arnold lo soltó, la remera, los pantalones y las zapatillas de Frederik estaban salpicadas de rojo. Frederik cayó al suelo e hizo algo que le quitaría su puesto de abusón hasta el final de la primaria. Comenzó a llorar como un niño de pecho con las dos manos cubriendo su nariz y llamando a su madre. El director y la maestra que habían podido entrar, levantaron a Arnold del suelo. La maestra lo escoltó a la salida, limpiándole la sangre del rostro con un pañuelo y el director sacó a Arnold a empujones del aula, ordenándole que lo esperara en dirección hasta que él le avisara.

—Aguarden aquí —dijo la maestra a toda la clase antes de salir con lo que quedaba de Frederik, aterrorizado, llorando entre mocos e hipos.

Bobby no perdió más tiempo. Tomó la mochila de Frederik y sacó el libro de Tommy. Éste lo miraba desde la otra punta del salón, sonriendo y mostrándole el pulgar. Carl, que estaba levantando su banco y su silla volcadas por Frederik, no dijo nada, ni miró a nadie. Había quedado solo. Su estatus y su poder, todo se había ido por el retrete junto con la imagen de Frederik. Ahora era uno más de ellos, pero con varias cuentas por pagar.

Bobby devolvió el libro a Tom quien le agradeció, con el semblante incrédulo, como si estuviese viendo a una persona totalmente diferente. Sin embargo, Bobby se quiso asegurar. No quebró el apretón de manos que se dieron con Tom. El otro muchacho frunció el ceño y calvó los ojos en los de él.

—Tommy —dijo Bobby—. A la salida, lo prometido.

Tommy esbozó una sonrisa y aflojó su mano que seguía aferrada por Bobby.

—Claro. Te haré pedazos en el Mortal Kombat.

—Ya veremos —fue la respuesta de Bobby, antes de soltar la mano de Tom y volver a su banco, pensando en el monstruo y lo que había hecho para satisfacerlo. Para él, ya había escapado de la muerte. No pudo evitar dar un largo respiro.

Cuando llegaron a casa, el único que había hablado durante el trayecto había sido Tom. Bob le contestaba automáticamente para afirmar o negar lo que Tom quisiera. Eso a Tom no le importaba. Con tal que alguien le diera la razón en todo, Bobby podía estar desangrándose de muerte pero el muchacho sólo veía en él aplausos y palabras de admiración. Por

suerte para él que así fuese su amigo, no tenía ganas de hablar. Bueno, ya no se podía llamar amigo a alguien a quien se llevaba en secreto a la boca del lobo para salvar el propio pellejo. Para Bobby, ese niño sólo era un objeto para conseguir algo. El sacrificio de un animal insignificante para salvar su valiosa vida. Era hombre muerto. Tom el *zombie*, que pretendía estar con vida. Estaba impaciente por terminar con todo de una vez. *Ya cállate Tommy, cállate de una puta vez. ¿No podrías hacer todo más fácil?*

Cuando ambos cruzaron la puerta de entrada, Bobby sentía ese cosquilleo en el estómago que precede a un gran acontecimiento. Lo había sentido cuando Sandy Willbur se había acercado tanto a él en el banco del patio del colegio para hablarle, que él pudo oler su aliento, y el perfume de su pelo. En esa ocasión se había imaginado que por alguna razón absurda, ella lo iba a besar, mientras sus oídos hacían rebotar hacia afuera las palabras que ella le decía. En ese momento su cabeza estaba en blanco, y sólo existía la boca de Sandy que se agrandaba cada vez más y se acercaba a él. Sin embargo nada de lo que él imaginaba había pasado. Cuando Sandy terminó de hablar quién sabe de qué cosa, le sonrió y se fue. Se dio cuenta de que su boca nunca se había acercado, era sólo su propio deseo sordo el que le había hecho creer eso.

Antes de que los dos subieran a la habitación, Bobby vio que su madre había dejado una nota pegada con cinta adhesiva en el pasamano de la escalera. Mientras Tommy siguió subiendo, Bobby leyó rápidamente la nota.

«Bob, salí de compras. Volveré pronto. Si tienen hambre, hice unos pocos sándwiches que dejé en la heladera. Te ama, mamá».

No había tiempo para sándwiches. Tenía que completar esa puta misión si quería volver a tener apetito de nuevo. Tiró la nota al piso y subió las escaleras. Tom ya había entrado a su cuarto. La puerta estaba cerrada y Bob se preguntó cuánto tiempo le tomaría al monstruo hacer lo suyo. Pensó esperar allí afuera, a la espera de algún sonido que le indicase que todo estaba resuelto, pero cuando Tom lo llamó desde adentro, esa alternativa se esfumó.

—Apúrate marica, ¿ya te has acobardado?

Bobby entró y halló su habitación como siempre. Tan familiar, tan natural que por un momento pensó que todos sus temores provinieron de una extraña pesadilla, de esas que a veces eran tan reales que si se tuviera una cámara fotográfica instantánea, uno podría llevarse la foto de vuelta a la realidad para poder mostrársela a los demás. Tom ya había encendido la Xboxe y esperaba a que la consola cargara el juego. Estaba sentado al borde de la cama. Bobby miraba en cada rincón para ver si se producía algún cambio, alguna señal. Pero todo estaba en reposo, como lo había

estado siempre. Sin embargo algo le impedía olvidarse de todo y continuar con su vida. La voz del monstruo se imponía a todas sus ideas y reverberaba en su mente, poniéndolo en alerta, ensombreciéndole la mirada.

—¿Qué vas a hacer si Frederik quiere tomar alguna represalia? —preguntó Tom mientras seleccionaba el modo de lucha y la cantidad de jugadores.

Bobby no lo había escuchado. Estaba agachado mirando debajo de la cama. Allí era donde las leyendas ubicaban a los monstruos por lo general. Debajo de la cama o en el armario. Siempre cerca de sus víctimas para, parafraseando al lobo de Caperucita, olerla mejor. Pero no estaba ni en un lado ni en el otro.

—Hey, te hice una pregunta —Tom estaba concentrado eligiendo a sus personajes mientras le hablaba.

Cuando Bobby revisó cada lugar que le parecía apto para esconder a algún monstruo, se sentó en el suelo y tomó el otro *joystick*. No sabía cómo se sentía. Debería estar aliviado, ponerse a pensar que todo había sido una locura momentánea de una pesadilla cuyas aguas habían bañado un poco las costas de la realidad, de la cordura. Pero su miedo estaba más alerta que nunca, llenándolo de malos presentimientos.

—Vamos, escoge los personajes —lo apuró Tom—, ¿con cuáles quieres perder?

Bobby miraba la pantalla del televisor. Allí estaban los recuadros de todos los personajes del juego. Podía verlos a todos pero no miraba a ninguno. Algo en su cabeza había sonado, como si de repente hubiera pegado la oreja a una pared para oír lo que alguien decía del otro lado. La voz era remota, pero contundente. Era eso.

—Tengo hambre, niño. Déjame solo con él. Vete.

Bobby se levantó enseguida. Tom lo miró con una sonrisa.

—¿Qué te pasa? ¿Has soltado un pedo, no es cierto?

—Sí... —dijo Bobby, era justo lo que iba a decir—, creo que tengo que ir al baño. Pero vuelvo de inmediato.

—¡Oh, por favor! No te vas a salvar de ésta, Bobby. Apúrate.

Bobby no dijo nada. Salió de la habitación antes de que Tom terminara de hablar. Cuando estuvo a punto de bajar por las escaleras volvió sobre sus pasos para cerrar la puerta de su cuarto que había dejado abierta. Tenía la ridícula impresión de que la cena de un monstruo debía ser privada.

Pero también tenía miedo de escuchar, o de ver, a pesar de que no estaría allí para presenciarlo.

Bajó y se sentó en la mesa del comedor. Sólo estuvo allí sin hacer nada, mirando los dedos de su mano entrelazarse y soltarse. Estaba nervioso. Pasaron quince minutos y ningún ruido le llegaba de arriba. El ruido de una cerradura que recibía la llave lo sobresaltó. Su madre entraba en la casa, cargando en un brazo la bolsa de las compras. *¡Maldición! ¿Por qué tenía que volver ahora? ¿Qué le diría si le preguntaba por Tom?*

—Hola, Bobby. ¿No ayudas a tu madre a cargar la otra bolsa?

Bobby caminó como si la pregunta fuera una orden y él, un robot que cumplía con su trabajo. Cargó la bolsa que estaba detrás de su madre, en el porche, y la llevó hasta la mesa. Luego sacó todo lo que había dentro y ordenó cada cosa en su lugar. Su madre lo miraba como si fuese un extraño. Finalmente sonrió y enarcó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Pero quién eres tú y qué has hecho con mi hijo? —preguntó su madre, luego lo abrazó y besó repetidamente en la mejilla.

Bobby no decía nada. Era una piedra. No había expresión en sus ojos. Cuando su madre terminó de besarlo, él dio media vuelta y caminó hacia su habitación. Mientras se iba, su madre le preguntaba algo. Casi no la oyó. Sólo alcanzó a entender «Tom».

Estaba delante de su habitación mirando el picaporte. Del otro lado se oía la música de fondo del Mortal Kombat. Era la pantalla de selección del personaje. No se oía ningún ruido de Tom ni de los botones del *joystick*. Abajo estaba su madre, tal vez con una carga de preguntas acerca de su amigo que él no tenía ganas de contestar. Tenía que entrar y ver si todo había terminado, si su monstruo había comido y se había largado. Se sentía cansado, disgustado, pero sobre todo preocupado de que el monstruo estuviese todavía allí, esperándolo para continuar con la cena.

Giró el picaporte mientras recordaba la voz de la cosa hambrienta. En la pantalla del televisor se veían los recuadros de los jugadores parpadear sobre dos personajes. Al segundo de que Bob entrara, los personajes fueron escogidos. Esto sucedía automáticamente después de un tiempo, si los jugadores no se decidían por ningún luchador. Pero de Tom, de él no había rastros. El cubrecama estaba arrugado en el sitio en el que había estado sentado su amigo. Aparte de eso, Bob estaba solo. Un olor tenue a ropa vieja y mojada llegaba a sus fosas nasales en pequeñas oleadas. Se agachó y miró debajo de la cama con el corazón retumbando en sus sienes. Nada. En el armario. Su ropa estaba tal cual como la había dejado. Después de todo había sido verdad. El monstruo había existido. Y Tom se

había ido con él, no muy a gusto, por cierto.

Sí, Bob podía respirar en paz. Se sentó en la cama y trató de sentir algo por su amigo. Pero ni la tristeza ni el remordimiento llegaron. Al contrario, lo embargaba una sensación de paz y triunfo. De alguna manera se había deshecho de una bestia, no como un héroe, pero sí con una cuota importante de coraje. Podía haber sido peor y terminar muerto horriblemente. Así que así se sentía, después de todo, traicionar a alguien para salvar el propio pellejo. Se recostó en la cama, y no se levantó sino después de que su madre le gritara para que se despertara, sacudiéndolo con fuerza.

No fue sino al otro día cuando la noticia de la desaparición de un niño de la ciudad fue primera plana en todos los medios locales. Hallaron la ropa del muchacho a orillas de un arroyo, bajo un sauce. La búsqueda se realizó exhaustivamente pero nada más se halló. La madre de Bobby le había preguntado por qué Tom no había ido a casa con él, ya que le había pedido permiso para llevarlo a pasar la noche, pero Tom le contestó que el chico no había aceptado. No le dio más explicaciones, y cuando su madre le pedía los motivos de todo, Bob se limitaba a contestar que no lo sabía. Cuando ella vio las noticias, dejó de arrinconarlo con preguntas y pasó a consolarlo, como si pensase que su hijo había quedado destrozado por la desaparición de un amigo. La única que lo lamentaba en esa casa era ella, que llamó a la madre del niño para darle esperanzas y ofrecerle su ayuda. La inutilidad de todo ese circo enfadó a Bob, quien decidió pasar el resto del día en su habitación para apartarse del mundo.

No hizo nada más que mirar el cielo raso durante la primera media hora. Su mente estaba en blanco. Estaba aburrido, pero a la vez no tenía deseos de hacer nada. Realmente una situación de mierda. Tenía la seguridad de que hiciera lo que hiciera, no encontraría satisfacción. Así que optó mejor por dormirse. Tal vez el sueño lo despertaría con energías para algo. Pero si creyó eso, no lo pudo llevar a cabo. Una voz, como la de alguien que estuviera hablando debajo del agua, hizo que sus huesos se tensaran y su garganta se secara.

—Bob, tengo hambre. Tráeme otro niño, deprisa.

Buscó por todas partes. En el armario, debajo de la cama, afuera de su habitación, en el baño. Recorrió la casa de punta a punta. Pero regresó a su habitación caminando encorvado, arrastrando sus pies.

—Escucha —dijo Bobby, y su voz tenía un quiebre de llanto que no podía disimular—, ya hice lo que me pediste. Te traje a Tom. ¿Por qué sigues molestándome?

—¿Quién te crees renacuajo, para hacerme preguntas a mí? Agradece que no me haya alimentado de ti cuando podía haberlo hecho sin ningún

problema. Sólo límitate a hacer lo que te digo. Tráeme a otro niño. Esta vez tienes tres horas.

Bob estaba pálido. El monstruo le ordenaba que le llevase su comida de nuevo, y él se sentía impotente, algo insignificante. Sólo un lacayo ignorante que no tenía más opciones que complacer a su amo. A pesar de que el miedo lo hacía balancearse al borde del abismo de la locura, muy dentro de él, sabía que tenía que cumplir con esa orden. Algo más antiguo que el instinto, así lo dictaba.

Se dio cuenta, cuando dejó su habitación, poniéndose una campera para salir al frío invernal del exterior, que ni siquiera sentía deseos de llorar, ni de contarle a sus padres qué le estaba sucediendo. Aquello era su responsabilidad. Nadie más que él tenía que hacerlo y saberlo. De lo contrario... Un escalofrío que lo sacudió completamente, lo hizo detenerse por unos momentos. Aprovechó la pausa para pensar a quién visitar. No tenía más que dos chicos a los que podía considerar amigos. Uno ya había desaparecido. Y el otro era un niño taciturno, un año menor que él que se la pasaba todo el tiempo que no iba al colegio, encerrado en su habitación leyendo y compadeciéndose de su existencia solitaria e incomprensible. Stan. Sí, él sería lo más apropiado para convertirse en carne de res para el monstruo. Era muy callado, introspectivo. Casi nunca expresaba lo que sentía a otro. Sería perfecto para atraerlo a la trampa. Stan no preguntaría mucho. Seguiría a Bob hasta donde él le indicara sin pedir muchas explicaciones. *«Me haría bien salir un rato», diría y luego con eso, tal vez la cosa estuviera satisfecha y me dejaría en paz.* Mientras pensaba esto, caminaba en dirección a la casa de Stan.

Era una pequeña casa de puerta de nogal pintada de verde. El césped estaba algo descuidado y la escalera que conducía al porche estaba sucia, como si nadie hubiese pasado por allí desde hacía varios días. Las dos ventanas de delante estaban cerradas. Cualquiera podría pensar que nadie habitaba aquella casa, pero Bobby ya conocía a la madre de Stan, una mujer grande, vieja e inválida, que había decidido pasarse el resto de su vida, sentada en camión sobre su silla de ruedas, tejiendo calcetines, funda de almohadas, guantes, bufandas y otras cosas por el estilo que luego vendía por internet mediante la ayuda de su único hijo, quien se encargaba de depositar el dinero recibido, en la cuenta de jubilación de su madre. Luego, con la tarjeta de débito, él extraía ese dinero del cajero automático y lo llevaba a casa. Esa pequeña colaboración en las tareas del hogar bastaba para convertir al silencioso Stan, en el hombre de la casa, a ojos de su madre.

Bob tocó a la puerta. Del otro lado se oyó el grito de la madre de Stan que avisaba a su hijo y a todo el barrio que alguien llamaba desde afuera. Unos pasos y unos resoplidos de molestia precedieron al encuentro con Stan, quien abrió la puerta y miró a Bobby con los párpados caídos y una

expresión que indicaba lo poco inclinado del muchacho a recibir visitas.

—¿Qué pasa? —preguntó Stan, mientras entornaba la puerta, como si estuviera a punto de cerrarla dijese lo que dijese el otro.

—Hola Stan. Me preguntaba si no querías venir a casa conmigo. Me he comprado una colección de literatura de terror, que quizás te interese ver.

Bob había pensado en la manera de atraer la atención del chico mientras iba hacia allí. Stan era asiduo lector de clásicos de la literatura fantástica y ciencia ficción. No dejaría escapar la oportunidad de mostrar sus dotes de sabio ante alguien tan simplón como Bob. Si Stan sabía que el inculto de Bob había adquirido algo del tipo de material de lectura que él mismo atesoraba, no escatimaría entusiasmo, aunque no lo demostrara, en enseñarle a ese aficionado qué valor tenía esa adquisición. Stan era callado, pero vanidoso.

—¿Qué colección es?

No había prestado atención a los detalles, y ahora Stan lo acribillaría a preguntas que él no sabría responder. Algo se le ocurrió.

—No he desempaquetado los libros, Stan. Mi padre me los trajo hace unos minutos y preferí venir a buscarte para que me digas si la colección es buena o peca de mediocre.

Bob vio que los párpados de Stan se abrieron, y una mueca de interés se reflejó en su mirada. Se llevó una mano a la barbilla, adquiriendo la postura de alguien que medita profundamente los hechos. Bob sabía que ya tenía la soga enlazada en el cuello de Stan. Faltaba atarlo y arrastrarlo hasta su casa. El tiempo corría.

De camino, Stan no se mostraba para nada hablador. Nada extraño en él. Esto le facilitaba las cosas a Bob que consideraba la situación como un trámite urgente que tenía que realizar mientras el tiempo corría en su contra.

—Oye, Stan —dijo Bob, espontáneamente, sorprendido de que fuese él mismo quien rompía el silencio—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —respondió Stan— ¿qué pasa?

—¿Alguna vez te encontraste en una situación en la que tuviste que actuar pensando únicamente en tu bienestar, aunque eso supusiera cagarte en los de los otros?

Stan arrugó la boca y entrecerró los ojos. Estaba pensando en la pregunta. En ese instante, las pisadas de los dos chicos eran los únicos sonidos que se oían. A Bob le pareció que dieron cientos de pasos antes de que a Stan se le ocurriera qué contestar.

—Creo que no, pero no sé muy bien a qué te refieres. ¿En quién te estás cagando, Bob?

—Olvídalo —*en ti, estúpido, ¿no te das cuenta?*— mejor olvídalos.

Y llegaron. Nada había cambiado en casa. La madre de Bob estaba hablando por teléfono con alguna de sus viejas amigas que ya no tenía tiempo de visitarla. «Es por tu padre», le había dicho su madre a Bobby, «les hace mala cara, y ya no quieren regresar». Bobby siempre sonreía con estos comentarios, pero era incapaz de no notar la sombra de tristeza que se acumulaba en los ojos de ella al mismo tiempo.

Subieron a su habitación sin decir una palabra y evitando a toda costa llamar la atención de la madre de Bobby. Stan seguía a su amigo como si de su sombra se tratara. *Debe de estar pensando en esos libros, sólo querrá verlos y hojearlos. No le interesa nada más*, pensaba Bob mientras guiaba a su amigo a encontrarse con su destino.

Antes de entrar en la habitación, Bobby evocó la imagen de Tom, eligiendo un personaje de *Mortal Kombat*, y antes de eso el modo en que había arriesgado su pellejo para recuperar el libro de las garras de Frederik. Todo en aras de un futuro más horrible que mil palizas del abusón del colegio. Se preguntó si habría otro camino. Lo único que vio delante fue una enorme nube que bloqueaba toda la luz de su entendimiento. Esa nube se había vuelto su único horizonte. Abrió la habitación y entró.

—Pasa Stan —dijo, parado en el umbral, mirando el suelo.

Stan debió percibir algo porque permaneció quieto, escudriñando a su amigo como si de repente estuviese frente a una persona totalmente distinta.

—Vamos —insistió Bob— veamos qué me dices acerca de esos libros.

—¿Te sientes bien, Bob? —preguntó Stan, mientras se rascaba la mejilla, señal de que los nervios le estaban diciendo algo.

—Pero claro, viejo. Un poco hambriento. ¿No tienes hambre?

Sí, Stan tenía hambre. Había sentido hambre en su casa segundos antes de que Bob lo fuese a buscar. Había pensado en prepararse unos sándwiches de jamón y queso, pero la emoción de ver los libros de Bob, le

había hecho olvidar las riñas de sus tripas. Ahora que Bob lo mencionaba, Stan fluctuaba entre sus temores que le parecían absurdos, y la rudimentaria realidad que le traía el ofrecimiento de comida por parte de Bob. Absurdos o no, los temores estaban ahí, susurrándole palabras ininteligibles.

—Sí, un poco, ¿tienes algo?

—Algo debe haber, espérame adentro y traeré lo que encuentre en la cocina.

Stan se sacudió el temor como un perro que se saca de encima el agua con que lo bañan y entró en la habitación.

—Ponte cómodo —dijo Bob—, cuando vuelva te mostraré los libros.

Stan vio una sonrisa en el rostro de Bobby. No le hubiera prestado atención, dado que esa sonrisa ya la había visto otras veces en su amigo. Era uno de sus sellos cuando se mostraba servicial y de buen humor, sin embargo, esa vez, esa sonrisa era una reproducción en cera de la original. Nada más que una cáscara, una imitación sin vida. Lo que Stan no sabía era que ésa iba a ser la última sonrisa, falsa o no, que vería en su vida. Antes de cerrar la puerta, Bob escuchó la voz del monstruo. «Fuiste rápido, niño. Éste se ve succulento». Cerró la puerta, y se sintió como si cerrara la tapa de un ataúd.

Su madre seguía hablando por teléfono. Su voz le sonaba a Bobby como una cadena de palabras interminable que tenía el mismo significado que los ladridos de los perros. Se sentó en la mesa del comedor y trató de mitigar el chillido que sentía en su cerebro. Eran las voces de Tom y Stan preguntándole qué carajos les había hecho. Pero no se lo preguntaban con palabras inteligibles, sino con una oleada de malos presentimientos, acidez estomacal y dudas acerca de cómo seguir con aquello. ¿Y si el monstruo no se saciaba? ¿Y si le seguía pidiendo alimentos por siempre? ¿Cómo podría continuar? Alguien se enteraría en algún momento y eso sería el fin, lo quisiera o no el monstruo. Pero Bob sabía en su interior que si esa cosa quería, a él nunca le pasaría nada. Era su lacayo, su sirviente. El monstruo se iba a encargar de que nada le pasara a su sirviente. Toda su vida sería él quien le llevara niños para que el monstruo se alimentara.

Otras preguntas se habían impuesto a las demás. ¿Qué era eso? ¿De dónde venía? Y la más importante: ¿Había alguna forma de que se fuera y lo dejara en paz?

—¿Te sientes bien, hijo? —preguntó su madre desde el otro lado de la mesa.

Bobby salió de sus pensamientos como si hubiese llegado de un largo viaje, agotado y somnoliento.

—Ss... sí, estoy bien.

—Vamos, soy tu madre, y sé cuándo a mi hijo le preocupa algo. ¿Qué tienes?

—Mamá... ¿tuviste alguna vez una mascota que se portara mal, pero que tú de alguna manera, siempre la consentías?

La madre de Bobby tomó asiento y miró hacia arriba.

—Pues, no entiendo a qué viene la pregunta, pero ahora que lo dices, cuando era chica, mi abuelo llevó a casa un perro que encontró en la calle. Era un animal enorme, estaba sucio y renqueaba por una pierna quebrada que tenía. Mi padre no quería que se quedara, decía que ya estaba grande para acostumbrarse a una familia y que por haber llevado una vida dura, seguramente sentía recelo hacia los humanos. Sin embargo yo insistí porque nunca había tenido una mascota, y con el apoyo de mi madre, convencimos a papá de que el perro se quedara. Fue difícil ganarse su cariño. Pasaron meses hasta que el perro se acercara a mí para recibir una caricia. Antes se pasaba el día encerrado en su casita, gruñendo cuando alguien se le acercaba. Mi padre estuvo a punto de llamar a la perrera porque decía que era un caso perdido. Yo lo alimentaba casi siempre, y mi madre a veces. Lo bañábamos dejándolo atado para que no saliese corriendo. Era difícil bañarlo, tenías que hacerlo con la manguera desde una distancia prudente, sino el perro se convertía en una fiera salvaje. Una tarde, yo estaba sentada en los escalones del porche de mi casa comiendo unas galletas y el perro salió de su escondite y se acercó con la cabeza baja, moviendo la cola y pasándose la lengua por el hocico. Le ofrecí una galleta y él la comió a mi lado, luego lamió mis dedos. Ahí supe que Truhán había cambiado. Ése era el nombre del perro, Truhán. Todo estuvo bien por varias semanas desde ese día. Hasta que mi padre se enojó porque el perro había hecho sus necesidades sobre la correspondencia que el cartero no pudo meter en el buzón. En su mayoría eran facturas e impuestos, pero también había una revista de aeronáutica que mi padre coleccionaba y que tenía una tirada mensual. «Águilas de metal», todavía recuerdo el nombre. Mi padre era aficionado al mundo de los aviones y todos los meses esperaba el nuevo número de la colección para enterarse de las novedades del mundo de la aeronáutica. Esa vez, la revista había sido usada como inodoro para la torta que había dejado el animal. Yo pensé que iba a golpear a Truhán, o que lo iba a llevar a la perrera. Sin embargo, insultándolo entró a la casa y nos dijo a mi madre y a mí, que el perro se quedaba sin comer hasta que él lo decidiese. Tenía que aprender, y para evitar que nosotras le pasáramos comida en secreto, lo encerró en el sótano y él escondió la llave. El perro gimió, ladró y gruñó la puerta por dos días antes de que mi padre hubiese decidido que ya era

castigo suficiente. Mi madre y yo preparamos un gran banquete para el animal y nos paramos delante de la puerta mientras mi padre daba vueltas a la llave para abrirla. Cuando lo hizo, el animal salió corriendo con la boca abierta echando espuma. La puerta de la calle estaba cerrada, pero Truhán saltó a través de la ventana abierta y salió al exterior. Y siguió corriendo por la calle hasta que se perdió de vista. Nunca más lo volvimos a ver.

Bobby pasaba y repasaba la historia una y otra vez en su cabeza, tan rápido que su madre había pestañeado una vez luego de terminar de contarle la anécdota. Había encontrado algo que le interesó. Finalmente asintió con la cabeza y se puso de pie.

—Que interesante má, creo que iré a mi habitación ahora.

Su madre se quedó en la mesa, mirando el lugar que había ocupado su hijo. Quizás esa historia reunió a otras y ahora se encontraba en un viaje al pasado. Bobby abrió la puerta de repente, sin importarle si el monstruo había terminado o no. Tenía la resolución del cobarde que se da cuenta de que el miedo a veces aburre tanto como una tarde de domingo que se está acabando. Adentro no encontró nada. Ni a nadie. De Stan no había quedado ni ese olor a perfume barato que le hacía comprar su madre y que era el mismo que usaba el padre de Bobby. Se sentó en la cama y aguardó a que el monstruo hablara.

—Ha estado delicioso, Bob. Pero ese amigo tuyo resultó ser muy flaco y me ha abierto más el apetito que antes. Consígueme otro. Tienes dos horas.

—Lo siento, pero me iré de aquí. Esta vez pídele a otro que haga tus mandados. Tengo que abandonar mi casa para que me dejes en paz.

—Son ellos o tú, Bob. Lo sabes.

—Sí, lo sé.

Bobby tomó una mochila y la llenó de ropa. Dos pares de calcetines, de calzoncillos, de remeras y de pantalones. Abrió el cajón de su mesa de luz y tomó todas las monedas y billetes arrugados que encontró. Pensaba estar ausente en casa unos días. El monstruo no podría encontrarlo afuera. De algún modo sabía que la cosa actuaba desde la habitación de un niño. Sino había niño en la habitación, entonces...

Cuando tuvo todo listo, volvió a oírlo.

—No creas que te librarás de mí chico. Si no obedeces te encontraré y lo

lamentarás. Puedo encontrarte, y lo sabes muy bien.

—Tengo que arriesgarme —dijo Bob, caminando hacia la puerta. Antes de cerrarla detrás de él, se volvió y miró el interior—, has sido un mal chico.

El primer día que Bobby pasó en el exterior, temió hasta de su propia sombra. Se había instalado en un parque que estaba a las afueras de la ciudad, lo suficientemente grande como para pasar desapercibido entre los grupos de niños huérfanos o sin hogar que pululaban ofreciendo servicios de limpiadores de autos o vendedores de baratijas. No se había llevado su celular consigo. No quería que sus padres se enteraran dónde estaba. Creía que el monstruo estaría vigilándolos, atento para enterarse de su ubicación. La primera noche se sentó en un banco de la plaza, que estaba justo debajo de una farola y permaneció despierto, luchando contra el sueño. Frente a él, un vagabundo dormía profundamente. Unos niños se le acercaron y le preguntaron quién era y por qué estaba allí. Él les contó que su padre lo golpeaba y su madre no hacía nada para defenderlo, por eso decidió escaparse. Con esa historia se ganó su camaradería. Ellos le contaron los percances de sus vidas y el alba los encontró durmiendo apretujados en el banco, y otros en el suelo. A Bobby lo despertó una sirena de policía que pasó rauda por la calle que rodeaba la plaza. Bobby se puso de pie, con cautela, tratando de no despertar a los demás niños y caminó en dirección a los puestos comerciales que estaban del otro lado de la calle. Tenía hambre. Esa noche no había probado ningún bocado. Con el dinero que tenía compraría algo para engañar al estómago. Luego volvería a la plaza. En una pequeña tienda de comestibles, se proveyó de un envase de leche y una bolsa grande con *croissants*. Tenía pensado compartir su comida con los otros chicos, para ganarse más su confianza y poder pasar otra noche allí. Cuando estaba llegando al lugar que había sido su cama la noche anterior, se detuvo en seco y casi dejó caer la bolsa abierta con los *croissants* recién sacados del horno. Un par de policías estaban hablando con uno de los niños. Los otros miraban a su compañero con gesto de preocupación. El policía le mostraba al chico una foto, pero el muchacho negaba con la cabeza. Hasta que por una ráfaga de segundo sus ojos miraron en dirección a Bobby y el otro policía que hasta ese momento no había hecho nada, siguió la mirada del muchacho y lo descubrió. Bobby tenía los ojos grandes y asustados. Estaba paralizado por el terror.

Lo persiguieron durante un largo tiempo. Por callejones, por patios de casas. Bobby nunca había corrido tanto en su vida, ni tampoco estaba enterado de cuánto podía aguantar. Sin embargo, su estado físico no resistió tanto como él creía. Comenzó a quedarse sin aire y a perder velocidad. Los policías lo alcanzaron cuando estaba por girar en una esquina, donde la acera seguía cuesta abajo. Tal vez le hubiera ayudado a seguir un poco más pero el policía que lo había reconocido lo detuvo aferrándolo por el hombro. Bobby, jadeante y con la sangre corriéndole a mil por el cuerpo no pudo hacer nada para zafarse. Lo habían encontrado.

Su huida sólo había durado veinticuatro horas o menos.

Les rogó no volver a su casa, les suplicó que no avisaran a sus padres, pero el agente que lo detuvo casi no lo oía. «Tranquilo, niño», le decía, sin siquiera mirarlo. Lo llevaban en el asiento trasero del vehículo. Bobby notó que la puerta no tenía seguro y esperó a que el auto se detuviese frente a un semáforo. Lo que iba a hacer tal vez no sirviese de nada, pero no le quedaba otra salida. Era muy pronto para volver a casa. El monstruo todavía estaría allí, hambriento y enojado. Y ya no le pediría nada más a Bobby, ya no, porque su comida estaba siendo conducida ahora mismo hacia él. No lo pensó más. Bobby abrió la puerta del patrullero y salió corriendo. Por el otro carril venía una van que casi no lo vio pasar frente a ella. El conductor pisó a fondo los frenos. Se escucharon los gritos de los policías, algo como «¡Deténganlo!», pero Bobby no se detuvo a ver si lo perseguían o no. Había mucha gente afuera a esa hora de la mañana. Así que fue fácil perderse entre el ajetreo de la multitud.

Adelante, luego de recorrer varios cientos de metros, vio un edificio sin ventanas ni puertas. Una obra en construcción que hacía años iba reformándose de a poco, según su padre, a causa de la crisis financiera. Bobby había entrado algunas veces a recorrer sus corredores vacíos y sin revocar y sus habitaciones salpicadas de cemento y arena, cubiertas de polvo y de algunos utensilios que los albañiles confiaban en encontrar al otro día. Ahora, la edificación le sirvió al niño de escondite. Se metió y buscó el lugar más recóndito. Una habitación al final de un corredor del tercer piso, más oscura que las demás porque la ventana estaba tapiada con tablones. Dentro de ella se sentó, con las piernas dobladas contra el pecho, oliendo a humedad y cal, sintiendo el frío de los ladrillos a su espalda, y la superficie rugosa del piso a causa de la arena y el cemento. Solo en la oscuridad, en una habitación incompleta, en la que todavía no había una cama, una mesa, una silla, una puerta y mucho menos un ropero desde donde la cosa pudiese hablarle. El ruido del exterior casi no le llegaba. Todo parecía lejano, muy lejano. Bobby miraba hacia delante pero no veía nada. Luego de un rato empezó a sentir sueño y apoyó la cabeza contra las rodillas. Cuando se despertó miró hacia el pasillo y vio que estaba más oscuro que antes. Se levantó y caminó hacia él. Miró por la ventana de una habitación que estaba frente a la suya y se dio cuenta de que estaba atardeciendo. ¿Cuánto tiempo se había quedado dormido? Afuera el mundo seguía funcionando. Sus padres estarían en casa, pegados al teléfono, ansiosos por esperar alguna nueva noticia de la comisaría. Al menos se había enterado de que su hijo estaba con vida. Sus fuerzas se habrían renovado, aunque les hubiesen hecho algunas preguntas extrañas sobre la relación que llevaban con su hijo, o cómo se comportaba éste en los últimos tiempos, o si había peleas en la familia. Preguntas destinadas a descubrir algún indicio de violencia doméstica o abuso en la casa. Bobby se los imaginaba a ambos en el *living* de la casa, respondiendo a preguntas que nunca se imaginaron responder, con un policía o un trabajador del servicio social en frente que anotaba aquello

que no les gustaba para analizarlo luego. Bobby lo había visto en algunas películas de drama familiar. Cuando había un problema con el hijo o la hija, los padres eran los primeros sospechosos. Pero eso a Bobby lo tenía sin cuidado. Su preocupación lo regresaba siempre a su habitación, hacia el monstruo. ¿Qué estaría haciendo? ¿Esperándolo, con hambre, con rabia? ¿Se había ido, para buscar otro mayordomo que le llevara el plato de comida? Bobby dio un largo suspiro que expresaba alivio y miedo al mismo tiempo. Alivio por hallarse lejos de su casa y miedo por creer que la cosa nunca se iría.

—*Bobby.*

La voz no venía de ninguna parte. Pero él la oyó. Su garganta se encogió y su lengua se pegó al paladar. Esperó hasta oírla de nuevo, para confirmar sus sospechas.

—*Bobby, tengo hambre, mucha hambre.*

Era el monstruo, hablándole en su cabeza. Pero esta vez, Bobby lo escuchaba diferente. En su voz había algo que le indicaba que estaba padeciendo. Todavía lo perturbaba ese sonido que no era humano, a pesar de que las palabras fuesen conocidas. El tono y la inflexión no eran producidas por la garganta de un hombre, y mientras más humana quería ser, más se acentuaba su origen desconocido, ancestral, como la llamada de algo lejano que se oía en la piel y en la médula de los huesos, paralizándolo a uno, doblegándolo, haciéndolo consciente de su insignificancia ante una ominosa inmensidad.

—*Bobby, Bob... maldito seas Bobby...*

Bobby entrevió la furia, la orden, la urgencia... pero también entrevió algo más. El dolor. La cosa estaba hablando, más que desde su rencor, desde su hambre, desde las quejas de sus tripas. Ahora era el monstruo el acosado, por su propia dolencia, por saberse incapaz de procurarse algo tan básico como el alimento. Bobby sonrió porque supo que estaba ganando, y que ganaría al final. El monstruo lo necesitaba, y aunque a la distancia su voz lo encontrara, el tiempo corría en su contra. *Espera un poco más, espera un poco más y la cosa no tendrá más remedio que morir o irse. Espera un poco más.*

Y Bobby esperó hasta el otro día. Se levantó más cansado que antes de acostarse, hambriento y con mucha sed. Le dolía la espalda y las piernas por dormir sobre el duro piso. Los albañiles no habían ido a trabajar ese día. Ocurría a menudo con esa construcción. Bobby había contado con eso. El sueño no había sido muy placentero. Soñó que estaba en su casa, solo. Era de noche y las luces apenas alumbraban las salas, como si los focos estuvieran a punto de quemarse. Bobby veía sombras a su alrededor, muchas, deslizándose como reptiles, pero nada más eran

sombras. En el sueño, Bobby subió a su habitación, sabiendo que ése era el único lugar en donde no encontraría sombras. El interior de su habitación había cambiado. Las paredes eran cárdenas y cubiertas por una baba que caía y burbujeaba hacia un suelo en movimiento, que se estiraba y contraía. Bobby entendió que se trataba de una lengua lo que pisaba, una enorme lengua que abarcaba todo el suelo. Miró hacia arriba, y una hilera de dientes filosos brillaban sobre su cabeza. Del otro lado de la habitación estaba oscuro, pero Bobby sabía que no encontraría ningún muro. *Vamos, Bobby, camina un poco más y ayúdame.* Bobby caminó, como si las palabras lo empujaran, como si no hubiera más remedio que hacer lo que éstas le decían. Entonces, los dientes puntiagudos comenzaron a bajar, y la lengua se removió pero él no perdió el equilibrio. Sólo siguió avanzando. Al llegar al final, Bobby se resbaló y calló, la luz se extinguió y le faltó el aire. Despertó con un grito ahogado, transpirando en medio del frío.

Caminó mirando a cada transeúnte, a cada vehículo que veía venir, escondiéndose cuando pasaba un patrullero. Se sentía un criminal, escapándose por un crimen por el que debía pagar. Llegó a una plaza y bebió agua del surtidor público. Revisó sus bolsillos. Sólo le quedaba suficiente para comprarse el desayuno. Había perdido dinero. Tal vez mientras huía de los policías o mientras dormía dentro de la oscuridad del edificio. Buscó la tienda más pequeña y menos concurrida. Se compró un yogurt con cereales y unas pocas masas dulces. Comió con rapidez, atento a todo lo que ocurría en su entorno. Luego se puso a caminar, sin pensar a dónde iba. Miraba los rostros de las personas y algunos le devolvían la mirada. Era el segundo día que estaba fuera de casa y a pesar de sentirse abatido por todo, Bobby estaba seguro de que había hecho bien las cosas. Se había protegido él y a los otros niños que hubiese podido cazar. Pensó que si se le hubiera ocurrido antes esta idea, hubiese podido salvar la vida de Tom y Stan. Trató de borrar las imágenes de ellos de su mente. Ahora, al estar lejos de la influencia del monstruo, la terrible gravedad de lo que había hecho lo llenaba de asco y tristeza. Había enviado a sus amigos a una muerte diseñada por las pesadillas. Después de un tiempo ya ni se preocupó por la gente que pasaba a su lado. Lo único que veía al caminar, era a sus zapatillas dar los pasos que lo llevaban a cualquier lado. Pensaba en el monstruo, recordaba sus palabras, lo invocaba con sus pensamientos, pero no obtenía nada de él, sólo el silencio que volvía a colocarlo en esos momentos donde había dejado solos a Tom y Stan con la cosa en su dormitorio. Veía por última vez sus rostros, antes de cerrar la puerta detrás de él.

Al llegar al cordón de la acera, se detuvo y levantó la cabeza. Sus pasos lo habían conducido hasta ese lugar pero no se sorprendió, y tampoco se quejó. Delante de él, se alzaba su casa. Una de las ventanas del piso superior estaba abierta y el viento hacía chocar la hoja contra el marco. Las otras ventanas estaban cerradas. El auto estaba afuera del garaje, lo que indicaba que su padre no había ido a trabajar. Estaría con su madre,

acompañándola, esperando alguna noticia de su hijo desaparecido. Bobby cruzó la calle y giró el picaporte. La puerta se abrió y él atravesó el umbral.

Adentro no había nadie. El sonido de la puerta al cerrarse rebotó por toda la casa pero ni aun así llegó alguien para recibirlo. Caminó a paso lento por la cocina, rodeó la mesa como para ganar un tiempo que no sabía para qué lo necesitaba. Fue al lavadero, salió al patio trasero pero no encontró ni a su madre, ni a su padre. Fue a su dormitorio, con la esperanza de encontrarlos durmiendo, exhaustos por los dos días que les había tocado vivir. Pero las camas estaban vacías y sin tender. Se sentía el calor de unos cuerpos que no hacía mucho habían estado allí. *Tal vez salieron a caminar.* Sólo le quedaba un lugar por visitar. Su dormitorio. Bueno, también el baño, pero no creía que fuese necesario ir a este último. Cuando alguien estaba en el baño, desde cualquier lugar de la casa se podía escuchar cada movimiento que se realizaba allí, desde abrir una canilla, hasta sentarse en el inodoro. Un silencio que rayaba en lo increíble, se enseñoreaba de toda la casa. Bobby empezó a subir los escalones y algo dentro de él lo empujaba hacia atrás, lo instaba a salir de allí, a no regresar, aún a costa de su vida. Pero sus pies seguían avanzando y el ruido de sus propios pasos lo tranquilizaba a la vez. No lo podía oír, ni tampoco sentir. Eso era bueno, al menos eso. ¿El monstruo se había largado al fin? Comprendió que ésa era la pregunta que lo empujaba a la habitación, desoyendo el consejo de su instinto, esa voz que no vive en la mente, sino muy debajo de ésta, en los lugares poco explorados de los seres humanos, donde los antepasados perduran.

Delante de su habitación, Bobby sintió algo. No fue una voz, ni siquiera un murmullo. Era el aliento de alguien que muy cerca de ti quiere comunicarte algo, pero las pocas fuerzas se lo impiden, y terminas recibiendo un débil hálito, tibio y con el aroma agrio de la enfermedad. Eran los restos de unas palabras que Bobby no podía oír. Su mano abrió la puerta mucho antes de que él diera la orden. Adentro, su cama estaba a medio tender. Faltaba extender la sábana a la derecha y acomodar las almohadas. Su madre había estado en su habitación. No cabía duda. Algo hizo que interrumpiera su tarea. ¿Pero qué? Nunca había dejado algo a medio hacer, ni siquiera esa vez que su padre había regresado a casa después de tres días de ausencia, anunciándose en la entrada. Su madre no bajó a regañarlo hasta que la habitación de su hijo había quedado impecable. Bobby veía pero no creía. Estaba parado en el umbral de su habitación, mirando su cama. Finalmente dio un paso hacia adelante y cerró la puerta. Por el rabillo izquierdo del ojo distinguió algo que estaba en su armario. Al volver la cabeza vio a su madre. La mitad de ella. De la cintura para arriba, aún era su madre, a pesar de la expresión agónica de su rostro, congelado en un grito de terror, con la barbilla apoyada en el suelo, los ojos en blanco y abiertos, grandes, como platos de cerámica. Una de sus manos estaba extendida y parecía una garra que arañaba el piso y la otra estaba apoyada en su cadera. La boca era un óvalo deforme

que atestiguaba el dolor que ya había pasado, no sin antes dejar su impresión en su rostro. La puerta del armario estaba abierta y desde su interior se veía la oscuridad, teñida de la sangre y las vísceras que colgaban de las camperas y pantalones de Bobby, dispuestos en las perchas.

Bobby estaba pálido y no podía dejar de ver aquella escena. Ni siquiera se movió cuando sintió el fluido caliente descender por sus piernas. Quería vomitar, pero la parálisis del terror era más fuerte. Y ahí lo escuchó.

Bob... e... eres un malvado... me hicis... me hiciste comer adultos... Tú sab... tú sabías que son veneno para mí... Me dejaste hambriento para que me alimentara de ellos... Bobby, eres un mal niño... Ni siquiera pude terminar con ella... me has matado, hijo de puta. Alguien como yo no puede comer adultos... iargh!

Y eso fue todo. Luego, la poca comida que había ingerido en esos dos días fuera de casa, salió entre arcadas y tos.